

Una novela de
DANIELA VIVIANI



Víctor

— 1907 —

PARA ENCONTRAR LA LIBERTAD NO BASTA CON SOÑARLA

 Planeta

DANIELA VIVIANI

Víctor

—1907—

Este libro no podrá ser reproducido, ni total
ni parcialmente, sin el previo permiso escrito
del editor. Todos los derechos reservados.

© 2020, Daniela Viviani
Derechos exclusivos de edición
© 2020, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso,
Providencia, Santiago de Chile

Diseño de portada: Isabel de la Fuente

1ª edición: mayo de 2020

ISBN: 978-956-360-731-4

Impreso en: Salesianos Impresores S.A,

Capítulo 1

Santiago, 24 de febrero de 1912

8 a. m.

Luego de asegurarme de que el pestillo estuviera puesto, regresé al espejo y exclamé:

—¡Buenos días, muy señor mío! Víctor Carvajal Viviani a sus órdenes.

Mi mano estirada quedó suspendida en el aire a la espera de una respuesta, ya que el interlocutor del otro lado del cristal no lograba alcanzar mis dedos. Pero al menos sonreía. Demasiado, quizás. No muy convencido de cómo se estaba dando el encuentro practiqué devolverle una mirada dura y penetrante a la par que sellaba mis labios en una tibia sonrisa. Había olvidado que en Santiago el optimismo masculino se castigaba como falta de seriedad.

—¡Pero, por favor! —exclamé, interrumpiendo mis propios pensamientos—. El gusto es todo mío.

Mi mano subió y bajó enérgica, aunque vacía, en su saludo. Luego me aboqué a los botones de mi camisa blanca, la que admiré por su magnífica factura. Similar acto realicé con mi corbata. Y es que una prenda nueva jamás pasará desapercibida para quien haya sufrido grandes carencias en la vida.

De cara a mi otro yo, cuestioné si la imagen proyectada en el cristal entregaba el mensaje correcto. El muchacho que tenía enfrente ¿lograría venderme lo que fuera? ¿Destilaba la confianza, seguridad y oficio necesarios para cerrar un buen negocio?

—¡Por la cresta!

Las reflexiones despertaron el dolor de espalda que me venía afectando hace meses. Seis para ser exacto, cuando regresé a Chile. Reacio a caer preso en sus fauces, le concedí a la dolencia apenas un par de minutos de atención y un escueto masaje antes de ignorarla por completo.

—Línea del cabello alta, hombros amplios, fisonomía franca y fuerte, rostro enérgico y distinguido...

El examen me llevó de regreso a mi barbilla imberbe. Con el ceño fruncido permanecí en silencio frente a lo que no podía cambiar y mi sentir hizo eco de los lamentos que solía escuchar de amigas y clientas. Mientras luchaba por darle madurez a mis facciones, ellas emprendían el ejercicio inverso —con una energía desbordante— para detener el tiempo en sus semblantes. A fin de cuentas nadie parecía estar conforme.

—¡*Porca miseria!* —exclamé, entre resignado y divertido, mientras ajustaba mis suspensores. Con las energías de regreso en mis puntos fuertes, continué:

—Brazos vigorosos, cabellera abundante y crespa... ¡Trajeado a punto de agradar!

Veía a un hombre que merecía una buena vida.

Un hombre que estaba dispuesto a luchar por sus metas.

Un hombre que había luchado tanto por vivir aquel preciso momento.

No temí ser rechazado por falta de atractivo y ambiciones personales, pero algo faltaba. Luego de anudar la corbata y ordenar mis cabellos engominados con la peineta, llegó la respuesta.

—¡Caramba, hombre! —dije lanzando una mirada escrutadora al espejo—. ¿Por qué tan serio?

Mi boca, poco acostumbrada a los pucheros, dejó entrever dos filas de blanquísimos dientes. Mi sonrisa, en gloria y majestad, se revelaba contra el *statu quo*. La dejé ser.

—Mucho mejor, Vittorio... mucho mejor.

Bien lo había proclamado el *socialite* Federico Sánchez: los hombres deben vestir en relación con su carácter, fortuna y situación social, pero teniendo siempre un estilo propio.

—La vestimenta hace al hombre —dije citando a mi propia madre. Con esa última reflexión, y un fugaz ruego a San Lorenzo, di por terminada mi *toilette*.

—*La donna è mobile, qual piuma al vento... Muta d'accento e di pensiero...*

El vozarrón de Eulalio al son de la vitrola resonaba por toda la sala de estar. Era invasiva y caótica como el desorden que dominaba cada rincón de la habitación. Sobre el sillón principal, se apilaban rollos de todo tipo de telas. En la poltrona, un muestrario de perfumes. Del suelo recogí lo que me pareció que eran recibos y boletas viejas. ¿Y esas cajas de bombones? ¡Habría jurado haberlas guardado en la despensa!

—*Sempre un amabile... leggiadro viso...*

—¡Eulalio, por favor! Cállese antes de que...

El timbre del departamento 302 no tardó en sonar. Me dirigí a abrir la puerta con la expresión dócil de la resignación.

—Don Evaristo. ¿Cómo le va? Tenga usted muy buenos días.

—Buenos días, don Víctor.

El mayordomo se rascó la cabeza.

—Ya sé —me adelanté—. Estamos metiendo mucho ruido.

El hombre asintió.

—Los otros huéspedes hicieron llegar sus quejas.

Sonreí. Él hizo lo mismo. Entre ambos ya casi lográbamos una comunicación telepática gracias a los conciertos de ópera que realizaba mi tío en el Gran Hotel de Francia.

—¿Me espera un momentito?

Tras una fugaz visita al *living room*, regresé junto al mayordomo con los brazos cargados de regalos.

—Una caja de bombones para usted y otras dos para don Jacinto y don Pablo. Estas medias son para su señora.

Los sobornos fueron aceptados sin el menor pudor ni recato. Después de todo, eran un costo modesto para evitar que nos corrieran.

—Muchas gracias, joven —con un breve ademán de cabeza, Evaristo se despidió—. ¡Que tenga buena mañana!

Sonreí hasta que cerré la puerta haciendo reverencia.

—*E di pensier... E di pensier... E di pensier!*

Por supuesto, mi tío no se había dado por enterado de las disculpas pronunciadas en su nombre. Seguía cantando a todo pulmón desde la cocina, desde donde ya se escapaba el aroma a café tostado.

De regreso en la sala de estar, me planteé frente a la vitrola y las vueltas infinitas de su disco giratorio. Antes de caer hipnotizado por su cadencia, levanté la aguja en un movimiento rápido y certero para silenciar a Rigoletto.

—*La donna è mobile...* ¿Pero qué pasa? —escuché gritar desde la cocina.

El soprano se apresuró a salir de su escondite para enfrentar a quien lo había privado de su placer. Sin embargo, bastó una ceja alzada de mi parte para quitarle todo ímpetu de venganza.

—*Mi perdoni, ragazzo.* Canto para espantar a los fantasmas. ¿No se ha dado cuenta de que en este hotel penan? —señaló Eulalio, poniendo sus gruesas manos sobre mis

hombros. Luego, sonrió pícaro—. Compré *panettone*, su favorito.

Parecía que los sobornos abundaban esa mañana. A propósito, mantuve una mirada seria mientras nos dirigíamos a la mesa del comedor.

—Vittorio, hoy en la noche es la fiesta donde los Santa María. Dicen los rumores que asistirá el empresario José Antonio Ilianovich, y no puedo perder la oportunidad de conocerlo. Qué buena cosa sería cerrar algún negocio con él, ¿no le parece? —y volviendo al tema central, el viejo señaló—. Que no se le olvide que prometió acompañarme.

No guardé el menor recato para revelar mi sorpresa.

—¿Fiesta, dice usted? ¡Caramba! ¡Me parece que alguien ya se recuperó totalmente de su herida! —comenté luego de servirle una taza de café. El viejo se carcajeó como un niño y dispuso un trozo de pan dulce sobre mi plato.

—Ahora que lo mencionas...

El pudor no pudo con el entusiasmo del italiano que saltó del asiento y en un santiamén hizo caer sus pantalones frente a mí, ¡tantas eran sus ganas de hacerme partícipe de los avances en su recuperación! Menos mal que logré detenerlo justo antes de que se quitara el parche de la cortadura sufrida en la ingle.

Eulalio se carcajeó y terminó por contagiarme. Mal que mal, si uno no puede expresarse libremente con la familia, ¿entonces con quién?

—Si me pregunta a mí, usted la sacó barata... —le recordé—. Gracias a Dios que estaba su compadre Pancracio para defenderlo de esos rateros. ¡Solo a usted se le ocurre estar luciendo un reloj de oro en una plaza!

El viejo, tan acostumbrado a rebatir, se limitó a soltar un suspiro enorme. Asustado, le pregunté:

—Tío, ¿no me diga que le quedó gustando el tal Pancracio?

Eulalio abrió los ojos como platos. Las palabras se atropellaron en sus labios, creando una chimuchina inentendible.

—Vittorio, ¡tú no entiendes nada! —fue lo que logró formular el viejo. Aun así, seguía sin rebatir el amorío del que se le acusaba.

—¿Qué es lo que no entiendo?

—A Pancracio...

Ni los cabellos canos de Eulalio lograron quitarle esa actitud tan propia de un niño de *kindergarden*. Lo quedé mirando con apasionada impaciencia.

—¿Qué pasa con Pancracio? —insistí.

—Que Pancracio no es Pancracio...

—¿Cómo dice?

—*È una donna... È una donna...*

—Por favor, Eulalio. No se ponga a cantar otra vez.

—Vittorio, te digo que Pancracio es una mujer. ¡Una mujer vestida de hombre!

El dolor de espalda protestó con un calambre antes que mi boca tuviera oportunidad de hacerlo. Los músculos agarratados me doblegaron, invalidando cualquier trepa para ocultar el sufrimiento que me aquejaba.

—¡*Madonna santa*, Vittorio! —el italiano corrió a mi lado—. Es su espalda otra vez, ¿*certo*? Usted me dice que me cuide, pero... *mamma mia*, ¡el diablo vendiendo cruces! ¡Ni los años logran quitarle la indolencia frente a sus propios asuntos! Hoy mismo le pediré una cita con la doctora Eloísa Díaz. Usted sabe, ella es de confianza y...

—¿Por qué no me había dicho nada sobre esa mujer?

La ira que tiñó el tono de mis palabras se fue apoderando de mi cuerpo como el veneno de una serpiente. Temeroso de que escapara de mi control, clavé los ojos en la mesa y esperé, entre resoplidos, que se agotara su combustible. Un simple dicho no me iba a arrebatar la paz que tanto trabajo

me había costado conseguir. Me dije soltando mis manos contraídas en un puño: «Tranquilízate, por favor».

—Vittorio...Vittorio querido...

En el pequeño hogar que habíamos conformado mi tío y yo, la responsabilidad de calmar exabruptos y enojos siempre había recaído en mí. Sin embargo, ahora eran las manos del viejo sobre mis hombros las que buscaban tranquilizarme con su presencia. Aunque no podía ver su rostro, pude sentir sus ojos tristes y compasivos.

—*Ragazzo*, perdone mi silencio, pero ¿acaso no es mi salvadora igual a la mujer que usted se empecina en olvidar?

Hasta entonces había sido una mañana perfecta. Agradable, luminosa, ¡tan fresca para un día de verano! Anhelé los segundos previos a la confesión de Eulalio como se añora el refugio de las sábanas tras un arduo día de trabajo, así que decidí finalizar el asunto con la única palabra que dejaría contento al viejo.

—Luisa...

Él asintió. Entonces me dirigí a la ventana y, con la mirada perdida en la plaza Independencia, permanecí callado durante unos momentos.

En la *toilette* masculina, el calce debe ser perfecto. Cruzar los brazos y que la tela de la espalda no quede tirante, sin ninguna abertura. Las mangas se usan un poco cortas y bastante ajustadas. El hombre de buen gusto debe saber identificar el sombrero que necesita y no dejarse persuadir por modas o por el accesorio que a otros le sienta.

—¿Vittorio? —habló el viejo, anulando mis intentos por evadir la realidad. Suspiré.

—Entonces, para el recorrido de hoy —declaré finalmente—. Primero, pasaré por la mansión del señor Donald McLeod. Después me espera un largo viaje a la residencia del señor Cristian Docolomansky en Ñuñoa. Intentaré, si el tiempo lo permite, hacer una visita a las textileras.

—Y la fiesta, *ragazzo* —añadió Eulalio—. No me vaya a dejar solo con esos figurines de alta sociedad, ¡*ti prego!*

Sonreí a modo de respuesta y el rostro del viejo se iluminó, libre por fin de la preocupación que le había dejado en el ánimo. Con el maletín de muestras en una mano y la chaqueta azul de cachemira en la otra, yo estaba listo para iniciar mi jornada como representante de marcas europeas.

—Vittorio, espera.

Giré en mis talones para atender la última solicitud de Eulalio: su dicho de la suerte.

—En el culo de la ballena...

Reí, no pude evitarlo.

—¡Esperemos que no se cague! —agregué con entusiasmo para luego abandonar el departamento 302.

Capítulo 2

Oficina La Palma,
24 de febrero de 1907

Querido Víctor:

¿Está seguro de que no ha dejado algo importante fuera de su maleta? ¿Tal vez olvida una muda de ropa, sus infusiones para el asma o la hermana que tanto lo estima?

Una gota de agua cayó sin aviso sobre el diario íntimo de Luisa de las Mercedes Carvajal, amenazando con diluir las reflexiones de la joven en un gran manchón de tinta china. Fue así como en cosa de segundos, y al son de un garabato bien entonado, la princesa se transformó en bestia de cachetes colorados al resoplar, una y otra vez, sobre el fino papel donde se derretía su esmerada caligrafía.

Como es bien sabido, las emergencias nunca se han caracterizado por ir de la mano con la elegancia y los modales. Menos aún con la inteligencia: una mente más serena habría optado por secar la mancha con un paño.

Pues bien, recuperado el aliento y superado el impase, la joven Luisa se preguntó sobre el origen de la gota que había arruinado el estreno de su libreta. ¿Acaso era producto del sudor provocado por la calamina recalentada del techo o una lágrima de nostalgia por el pariente que la dejaba? Reacia a

enfrentar la verdad, eligió la primera opción y se zampó un vaso de agua antes de seguir escribiendo.

¡Oh, Víctor, vaya estupidez de mi parte! Tan acostumbrada estaba a su compañía que terminé considerándola un derecho y en más de una ocasión hasta me di el lujo de despreciarla. Sería falso negar que gozaba despertarlo a gritos cuando estaba por dormirse sobre la mesa y cargarle de su voz desafinada de caballerito precoz. Con pudor recuerdo cuando teníamos cuatro o cinco años, espero que no más, y lo hice llorar como María Magdalena al jurarle que usted era recogido de la calle y que nadie lo iba a querer por feo. ¿Se imagina tal grado de diablura en una niña? ¡Hay que tenerla para decirle semejantes pachotadas al hermano que también es mellizo!

Por otra parte, como nuestro padre —el babbo—, nos educó a los dos de manera tan esmerada, creí lógico poder expandir mis horizontes intelectuales cuando la oportunidad tocara la puerta, tal como fue su caso. Si se acuerda bien, estudiar era un anhelo que me costó mucho hacer propio por las limitadas facultades que la gente suele achacar a las mujeres, pero su ambición terminó por contagiarme y estudié con tanto ahínco como usted. Sus palabras de aliento todavía resuenan en mi cabeza:

«Luisa, ¿qué sentido tendría estudiar idiomas en un campamento donde no se tiene nunca el placer de entonar un “Yes, please” o un cantadito “Merci beaucoup”? ¿Y aprender tanto cálculo matemático cuando por las manos solo pasan vales y fichas, pero nunca dinero de verdad? Tenga fe en los planes de nuestros padres, Luisa. Tenga fe».

Fueron tantos los años acumulando conocimientos y esperanzas que, si he de hablarle con franqueza, hasta hoy

misimo creí posible embarcarnos juntos a Valparaíso y luego, de camino al gran Santiago, para continuar nuestra formación superior.

Así como el acreedor quiere más al deudor cuánto más reac-
cio se demuestre en pagarle, mantuve vivo el optimismo
pese a la creciente indiferencia de nuestros padres sobre mi
futuro y me inventé sonrisas donde no había. Fueron días
que pasaron lentos y sin novedad hasta que llegó la señal
tan anhelada: el babbo me tenía una sorpresa. ¡Y vaya
que lo fue! Jamás creí que mi boleto a la capital pudiera
convertirse en la elegante libreta donde hoy escribo estos
párrafos tan sentidos.

Sí, en una libreta junto a la cara culposa del progenitor
dándome a entender que el presupuesto no había dado
para más. ¡Ay, Víctor, si hubiera visto su cara de pena!
¿Quién era yo para hacerle el desaire y rechazar el regalo
que tanto sacrificio le costó? Porque no hay que ser muy
alumbrado para estimar el valor del obsequio en al menos
un par de pesos. Imagínese, el cuaderno hasta tiene bordes
dorados, ¡como la Biblia!

Por su parte, nuestra mamma, siempre tan pragmática, me
dijo que ya estaba grande para entender las prioridades de
la familia. Que con los libros de la casa era suficiente y
que, mal que mal, usted era varón y yo... no.

«Átese algo al dedo para que no se le vuelva a olvidar», me
dijo, desprovista de toda misericordia, a lo que le respondí
chistando: «¡Por la entre flauta! ¡Por eso mismo no quería
ilusionarme!», solo para recibir un coscorrón por grosera.
Pues bien, ya libre de ilusiones y dispuesta firmemente a
aceptar el rol de buena hija, me guardé todas las quejas
que aquí le comento y que solo me atrevo a confesar en la
intimidad del papel.

Estaba sola, pero aun así Luisa de las Mercedes gesticulaba y movía los brazos en el aire mientras escribía, como si realmente tuviera al hermano frente a ella. Tanta era su práctica en las artes de la diplomacia cotidiana que la chica incluso desplegaba su buena disposición para conversaciones imaginarias. Como dice el refrán, «la costumbre es ley», y una vez adquirido un hábito es muy difícil sacárselo, por absurdo que sea.

Pero, Víctor, por favor, no tome a mal lo que aquí le digo. ¡Ni de bufonada lo piense! Usted bien sabe que su felicidad es la mía y de cómo celebré su beca en el instituto Barros Arana. Despedirlo hoy en su traje nuevo y verlo tan cacharpiado, ¡casi me bota al suelo de la pura impresión! No me extrañaría nada que en la capital lo tomen a usted por monsieur gracias a ese aire tan distinguido y europeo que lo caracteriza.

Sin embargo, lo que más reconfortó mi espíritu al despedirlo fue verlo rebosante de salud, por mucho que nuestra mamma diga que el verdadero triunfo se encuentra en el glamour que ahora goza su figura. «¿Cómo es posible que aquí en la pampa —me parece escucharla decir en un gruñido casi imperceptible— solo puedan centellear las latas y el pulpero cada vez que se queda con nuestras fichas?».

Y me pregunto: ¿se olvidará la señora que hace unos años su hijo estuvo a punto de morir por culpa de la bubónica? Esa maldita enfermedad que lo dejó tan flaco y calambriento que ni al patio lo dejaban salir por miedo a una recaída. ¿Y se acuerda usted de la de veces que se quedó acostado en la cama y yo salí disfrazado de usted para reemplazarlo en la pelota y la rayuela?

Dudosa de seguir registrando lo que tanto tiempo pasó en secreto, la muchacha fue víctima, como por encanto, de una extraña y súbita fascinación por las cáscaras de papas amontonadas en un costado de la mesa. Sus puntas encrespadas, concluyó después de largos minutos, se asemejaban mucho a los vaporosos sombreros de las revistas que su *mamma* conservaba como un tesoro, así como a los propios rizos que ella solía aplastar con una trenza.

También reflexionó sobre la alacena de caoba, la cómoda tallada y la silla tapizada en brocato dorado que decoraban la antesala. Pequeños lujos que exhibían, más allá de su valor material, el estatus próspero del padre en su condición de maestro, a diferencia de los obreros que solo podían optar a chamelicos y muebles baratos que eran lo justo y necesario para emigrar con facilidad cuando el trabajo en la faena acabara.

Vagaron por la mente de Luisa todas estas meditaciones poco trascendentales, pero efectivas para evitar tocar temas embarazosos para la conciencia. Continuó:

Hermano, perdóneme si estuve mezquina de palabras para su despedida. Mi más sincero deseo era mostrarme feliz en nuestros últimos momentos juntos, pero no fue tarea fácil por la patente incomodidad que usted desplegaba hacia mí. Cuando nos despedimos en un abrazo, me percaté de sus obvios esfuerzos por desviar la mirada.

«Víctor Manuel, me va a escribir, ¿verdad? ¿Me lo jura por San Lorenzo?», le pregunté propinándole una palmada en la espalda para nada femenina. Como no dijo nada, insistí con la pregunta hasta que le hice abrir la boca.

«Lo intentaré...», recuerdo que respondió con un hilillo de voz que no evitó que se le nublaran los ojos. ¡Y qué falta de respeto la mía hacerle cosquillas justo en ese instante!

Aunque de esa manera sus lágrimas de pena se confundieron con unas de risa y las mías pasaron desapercibidas.

«Cabra pa' lesa no más».

Esas fueron las últimas palabras que le escuché porque no tuve corazón para acompañarlo hasta Iquique y despedirlo en el puerto. Sin embargo, estoy aquí, escribiéndole, cuando todavía no pasa ni medio día desde que partió.

Querido Víctor, discúlpeme por favor.

Sepa perdonar a su hermana que no le hará llegar nunca las palabras que ahora le dedica con tanta emoción. ¡No, señor! ¡No puedo! De muy mala manera aprendí que hay pesares que una debe evitar sacar afuera como si fueran la misma peste.

La estilográfica plateada que había sido hurtada del velador del padre, fue depositada con cuidado sobre la mesa, ya que la escritura del diario nuevamente se aproximaba a terrenos escabrosos.

No había necesidad alguna de hacerlo, pero aun así Luisa dirigió sus pasos a la pieza colindante para revisar el pican-tito que recién se cocía en el horno de barro. Era un caldo de papas, cebollas, zanahorias y aderezos de múltiples colores. Levantó la tapa de la olla y dejó que el sabroso aroma inundara la morada de tres ambientes, mientras inspeccionaba la carne de conejo ayudándose con una cuchara de palo.

—A esto le falta todavía... —confirmó la chica y agregó una pizca de sal. Luego regresó al diario.

Pero sí le haré llegar otras cartas, Víctor, donde le contaré sobre la salud de nuestros padres, los partidos de fútbol con las otras oficinas, los abusos en la pulpería y las copuchas de la filarmónica. También le mandaré algunos dibujos, esos que tanto le gustan con mis diseños de ropa, y los

cuantiosos saludos y recados que la gente me dará para usted, con ese orgullo en los ojos de quien vive el triunfo del otro como si fuera el propio. La misma emoción de quien le cuenta estas tonterías y ya lo extraña con locura.

Los santiaguinos, delicados y de medias tintas, ni se imaginan de lo que usted es capaz. Bien preparado lo dejó nuestro babbo en aritmética, lengua y francés, pero la inigualable fortaleza que lleva dentro se la dio el desierto con sus calores y fríos inclementes.

Así somos los pampinos. De la costra obtuvimos el caliche. En medio de la nada levantamos casas, caminos y ferrocarriles. Por eso tengo la profunda convicción de que un hijo del desierto estará destinado a triunfar donde quiera que vaya, porque irá apropiándose de lo que encuentre hasta hacerlo suyo.

Y, delo por hecho, también lo tendré informado de su rubiecita de ojos azules. Si es que algún nortino no le viene antes con los chismes. Porque si hay algo famoso en este campamento son la monumental torta de ripios que corona el horizonte y su amor platónico por Carolina Brown. Lo aseguran hasta las vecinas: ¡hombre más prendido por una mujer no hay en Pozo Almonte! Y justamente por esa razón, ellas no entienden por qué usted nunca le dedicó a la muchacha un poema o unos versos bien cantados. Pero su hermana, que lo sabe tímido y vergonzoso, fue testigo de sus numerosos intentos por declararse a la joven.

¡No se diga más! Su Luisa pronto le pondrá solución al asunto. ¡Cruz pal' cielo que todo saldrá a pedir de boca!

—¡Buenas! ¿Alguien en casa?

La escritura fue interrumpida por una voz familiar. Entonces, y con el mismo esmero que la vez anterior, la joven depositó la pluma de su padre sobre la mesa atabacada y se apresuró a atender la puerta.

—Tocayito, ¿cómo está? ¿En qué puedo ayudarle?

Frente a la puerta Luis Roldán, obrero particular de cincuenta años, saludó a su joven amiga haciendo gala de los dientes de oro que conservaba desde que llegó del sur, como tantos otros hombres encandilados por las promesas de fortuna que un día les hizo un pampino cargado de billetes, joyas y relojes costosos. Tarde se dio cuenta el pobre viejo de que tener los bolsillos llenos de fichas era riqueza que solo podía canjearse en las pulperías y, desde entonces, deambulaba de oficina en oficina sin jurarle amor eterno a ninguna.

—Luchita —dijo el hombre un tanto compungido—. ¿Sería tan amable de *conviarme* agüita?

—No...

Los pliegues que cubrían el rostro del anciano se levantaron para revelar una mirada llena de sorpresa. Jamás pensó que la niña Luisa, siempre tan amable y servicial, sería justamente la primera persona en negarle agua a un sediento de la pampa.

—¿Y si mejor le traigo un buen jarro de cocho? —propuso la joven alegremente y las arrugas del viejo apuntaron al cielo de la pura felicidad. Pan duro y guachucho de la peor procedencia habían sido el único alimento que el calichero había engullido en los últimos días.

—¡Gracias, mi niña! ¡Tanto mejor! —exclamó agradecido.

Entonces se apresuró la joven a servir el ulpo endulzado en un jarrón choquero que silenció al viejo por unos largos segundos.

—Tocayo —interrumpió Luisa, asustada de no ver respirar al viejo—. Si gusta, le puedo llenar otro jarrón, digo yo.

—¡Yaaaaa! —exclamó el hombre con un tufo que casi le derrite la cara a la muchacha.

Todavía un tanto aturdida, Luisa soltó un «¡voy ligera!» y regresó rápidamente con otro vaso de agua, harina tostada

y azúcar para el sediento anciano que no tardó en dejarlo a la mitad.

—Luchita, ¿su hermano se *jue pa'* la capital?

—Sí, hace unas horas. Calculo que su vapor ya debe haber partido.

—¡Dios lo guarde y el Lolo lo proteja! —exclamó el viejo, alzando los brazos al cielo con tal pasión que la dueña de casa lo hizo merecedor de unas lonjas de charqui.

—¿Cuándo nos ha fallado San Lorenzo? —preguntó la joven ya de regreso con el regalo que el obrero agradeció con manos temblorosas.

—Guarda razón, niña Luisa. Y...

—¿Sí?

El viejo entrecerró los ojos para confirmar una vez más su teoría.

—¡*Usté* es el vivo trasunto de su hermano!

Luisa reveló una sonrisa ante la confesión del viejo.

—Así dicen, tocayo. Que somos muy parecidos.

—¿Parecidos? ¡Si a usted solo le falta tener pen...!

Como si la sobriedad le hubiera llegado de golpe, Luis se escondió dentro del jarro e hizo durar el brebaje como si se tratara del mismísimo elixir de la juventud. Qué imper tinencia, hablarle así a una dama, pensó el viejo. Pero de haber sido un poco más valiente, y levantado más la vista, el obrero se habría percatado de que la sonrisa de la joven seguía intacta.

—Pero dígame, amigo —interrumpió ella, con aire tímido—. ¿Cómo va la salud?

El anciano devolvió el jarrón vacío, ya aliviado de la sed y la vergüenza.

—Aquí estamos, con las muñecas un tanto arratonadas. Descanso de martillar un ratito... —el hombre estiró los brazos haciendo una mímica—. ¡Y se me hincha todo el cuerpo de lo puro *cansao* que estoy!

—¿Descansar con unas *pilseners*, dice usted? —le contestó Luisa, evocando una botella, también imaginaria.

—¡Pero claro, *mija*! ¡Esas curan *toítos* los dolores!

Una sonoras carcajadas dieron por finalizada la tertulia entre los vecinos. Luisa regresó al interior de la casa todavía recalentada por el sol y los vapores que se escapaban del horno de barro. Acto seguido lavó el jarrón sucio con tal destreza que apenas bajó el agua del contenedor recién abastecido por el mulero. Sus manos, todavía húmedas, se posaron en el cuello para optimizar aún más el escaso recurso. Ahora solo faltaba revisar el picantito.

—¡Está casi listo! —determinó la chica después de robar un buen cucharón de estofado—. ¿Y en qué estaba yo?

Lo recordó solo después de espantar unas moscas.

—¡El diario! —exclamó de repente y el golpe que le dio a la mesa hizo rodar la costosa estilográfica hasta el suelo. También lo hizo Luisa, tres segundos después, rogando para que el preciado objeto no hubiera caído de punta al piso de madera y se doblara el plumín, dejándolo inutilizable.

Eran pocos los tesoros de la familia Carvajal Viviani. Estaban los hijos, los libros, un reloj de bolsillo, un espejito de nácar, los muebles antes mencionados y esa pluma plateada, regalo de graduación de la Escuela de Preceptores para el patriarca del hogar. Cuando Luisa se cercioró que la estilográfica no había sufrido daño, soltó una risa traviesa y prometió que sería la última vez que la usaría.

Víctor, se preguntará cuál es el motivo de mi silencio. Tal vez usted no se haya dado cuenta, ¡pero anoche sus palabras me rompieron el corazón!

Se le nubló la vista a la joven y la escritura tuvo que tomar otra pausa obligada. El ejercicio de escarbar en sus emociones la tenía al borde del agotamiento.

No niego el impacto que haya tenido mi confesión. Y aunque era la primera vez que exponía mi sentir, usted fue testigo, e incluso partícipe, de los infinitos gestos que anticiparon lo que clamaba por ser revelado. Como un comentario al aire, casi como una broma, ayer le compartí mi secreto. A usted, el único ser que creí capaz de entenderme. Primero usted se sonrió. Eso me dio alivio hasta que preguntó si hablaba en serio y yo, ingenua, le dije que sí. Entonces, le cambió la cara. Se descompuso, herido y traicionado, como si la confesión nunca debió haber salido de mi boca.

«¿Qué diablos dice, Luisa? ¿Es que acaso quiere que la enclaustren y le den latigazos?», recuerdo que me dijo al oído en un susurro angustioso. «¿Se lo ha dicho a alguien más? ¡Dios, que esto no lo llegue a saber el sereno!».

Cuando me arrastró hasta el baño para encerrarnos con pestillo, confirmé el tremendo error que había cometido al compartir con usted lo que sentía.

«Luisa, el acto de pensar no la convierte en lo que desea. ¿Es que acaso un viejo puede volverse niño a su antojo? Si finjo que usted es una planta, ¿eso lo convierte en una? ¡Hermana, lo siento mucho! Yo no ofenderé a Dios por defenderla a usted».

Al contemplar lo que había escrito sobre el papel, retractarse pareció la opción más sensata para la muchacha. Solo era cuestión de escribirle a Víctor y explicarle que el asunto no era más que un tremendo malentendido. En cambio escribió:

Víctor, si desafiara a Dios por ser lo que no debo, ¿usted dejaría de quererme?

Las últimas palabras asustaron a la joven y a punto estuvo de hacerlas desaparecer bajo un buen rayón. Temía conocer ya la respuesta.

¿Sabe qué, hermano? No se preocupe por mí. Ha llegado el momento que usted disfrute de la capital con sus museos, parques y tiendas, ¡que se dé unas vueltas por la Alameda de las Delicias y practique el francés con algún citadino! Que a mí me basta y me sobra con el Víctor imaginario que reservaré para este diario. En sus hojas de bordes dorados, a su otro yo de papel, lo aburriré con mis absurdos dilemas y ocurrencias.

Además, ¿quién lo necesita cuando se tiene un cuarto propio? ¡Desde ahora viviré como un rey!

La palabra «rey» destacó sobre el resto. ¿No indicaba la gramática que lo correcto sería escribir «reina»? Entonces, Luisa soltó un suspiro y se dispuso a trazar una línea para corregir el error.

¡...como un rey!

Pero se arrepintió y sonrió triunfal al subrayar la palabra. Si el diario iba a ser su único confidente, al menos se daría la licencia de escribir con las «y», las «e» y las «o» que quisiera. Especialmente estas últimas.

Así pues, hecha la declaración, se presentó la verdadera emergencia. Luisa se precipitó desde su asiento hasta el horno solo para confirmar que el picante ya estaba reseco.

—¡Diablos! —vociferó mientras apartaba la olla del fuego. La taza de agua extra que vertió en la cacerola no la salvaría del tirón de orejas que le daría su *mamma* cuando regresara a casa.

—Y a mí que ni siquiera me gusta el conejo...

Un suspiro, luego otra queja al aire.

Las cavilaciones se disiparon en unos destellos naranjas que se colaron por las ventanas, dejando en evidencia los agujeros que acechaban a la vivienda. Era el sol que marcaba el fin de la jornada y se despedía haciendo crujir las maderas y calaminas. Luisa correspondió el adiós con un movimiento de dedos por donde se filtraban los rayos, haciendo su piel traslúcida.

Era su momento favorito del día.

—¡Comadre, oiga! ¿Me tiene a la guagua?

Lástima que durara tan poco.

—Luchita —volvió a solicitar la voz con golpecitos en la puerta—. ¿Anda por ahí?

—Voy ligera, señora Benilda. ¡Voy ligera! —respondió de vuelta la muchacha, mientras se sacaba el delantal para salir al encuentro de su vecina y de las numerosas mujeres que ya se acomodaban en sus sillas de viena para disfrutar del merecido descanso.

Reunidas por paredes comunes y un brevísimo antepatio de endeble enrejado, las mujeres miraron de reojo a las vecinas del frente, gozadoras del mismo placer crepuscular, pero desde una elegante reja que incluso lucía una pérgola.

—¡Tan comedida que es *usté*, mi Luchita!

Benilda hizo los honores de entregar al bebé mofletudo Agustín que, con seis meses de edad, ya parecía de un año.

—Confiesa, Agustín—murmuró Luisa al oído del bebé que cargaba en sus brazos—. ¡Que a ti te alimentan con caliche!

Los ojitos negros del bebé se hicieron una línea y sus carcajadas resonaron por todas partes. La joven le guiñó un ojo, asegurándole que el secreto de su corpulencia quedaría entre los dos.

—Mire, Carmencita...

—¿Qué mire qué, María?

—A la Luchita con la guagua. ¡Cómo se nota que quiere hijos!

Luisa miró con extrañeza a las vecinas, haciéndoles notar que el comentario no le había causado mucha gracia. Sin embargo, Carmen, más vieja y orgullosa, no se dejó intimidar y siguió arremetiéndole con sus comentarios.

—¡Pero si eso es lo que toda mujer desea! ¿O me va a decir que no, jovencita?

—Es el instinto materno —agregó María—. A todas les baja, tarde o temprano.

El amor por los niños era compartido por Luisa, pero una cosa muy diferente era desear que salieran de su cuerpo. Aquello le parecía una idea repulsiva. Sin embargo, ella sabía que manifestar sus pensamientos no le traería nada bueno con las vecinas. Entonces, y simulando una paz que no tenía, la joven optó por desplegar una enorme sonrisa frente a las señoras. Luego les preguntó por el tejido que las tenía tan entretenidas. Ellas, deseosas de atención, se levantaron raudas del asiento para mostrarle el echarpe que estaban haciendo y el asunto de los hijos pasó a segundo plano.

«Déjelas hablar», le habría dicho su hermano.

—¡*Mija*, mire! —exclamó otra vecina—. Ahí vienen sus *paires*...

A lo lejos, José Carvajal y su esposa Clara levantaban la mano a modo de saludo. Las mujeres, ansiosas de copuchas de Iquique, correspondieron el ademán alzando sus brazos sin parar.

—Señora Benilda...

—¿Sí, mi niña?

—Disculpe que le tenga que devolver a Agustín. Es que dejé haciéndose un picantito para mis padres y...

—Obvio, *mija*. ¡No se le vaya a estropear la carne!

Los doce kilos de niño regresaron a los brazos de su madre que, en menos de cinco minutos, lo tenía envuelto en paño y confiscado en un soporte para luego colgarlo, tal abrigo en percha, en el picaporte de una puerta. Al niño, apresado como estaba, no lo quedó más remedio que dormir.

En lo que respecta a Luisa apenas cerró la puerta de su casa agarró un paño de la cocina y ahogó en él todo el desconsuelo que venía guardando desde la mañana. Gritos de pena y angustia sofocados una y otra vez en la tela desteñida para los escasos minutos que le quedaban a solas.

Al ver a sus padres, ella tuvo que aceptar que Víctor no volvería a La Palma.